

UN BAUTISMO

Parte 35

“...un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos.” - (Efesios 4:5-6)

REPASO

Estamos en Efesios capítulo 4 y hemos llegado a la lista de los “un” de Pablo. Esto comenzó en el versículo 3 donde él habla de ser *“solicitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz”*.

Si recuerda, comenzamos esta sección hablando de la naturaleza de nuestra unidad. Pablo no dice que a nosotros nos toque crear dicha unidad a través de cualquier medio; no es un acuerdo doctrinal llevarnos bien en las relaciones, reconciliar todas las denominaciones, o cualquier cosa natural. Esta unidad es un cuerpo multi-membrado que comparte un Espíritu, una Vida que vive en un cuerpo. Es algo que Dios estableció en la resurrección de Jesucristo y algo que nosotros, definitivamente, no podemos establecer, pero sí, algo que llegamos a comprender y en lo que llegamos a caminar conforme aprendemos y permanecemos en la Vida que hemos recibido.

Dicho de manera muy simple, nosotros vivimos y actuamos desunidamente como cuerpo de Cristo, debido a que no conocemos lo que es real. Vivimos contrariamente a lo que Dios ha hecho, porque no le hemos permitido al Espíritu que nos muestre lo que Dios ha hecho. Su mano y su pie no necesitan crear la unidad, ellos ya están unidos en virtud de la misma vida que se mueve en ambos. Pero a menos que la única mente y el único sistema nervioso funcionen correctamente, la mano y el pie sentirán y actuarán independientemente el uno del otro. En un cuerpo natural a eso lo llamaríamos enfermedad o padecimiento, en el cuerpo de Cristo es llamado carnalidad y ceguera espiritual.

Por un par de veranos, mientras estudiaba en la universidad, trabajé en el departamento de terapia física de un hospital. Yo, básicamente, ayudaba a pacientes post-operatorios con ejercicios de fortalecimiento y de caminata. Algunas veces veíamos a personas que habían sufrido un accidente cerebro vascular grave, y teníamos que ayudarlos a recuperar el control sobre una parte de su cuerpo. No sé si usted alguna vez ha visto a una persona que haya sufrido un accidente de este tipo, pero algunas veces pierden el control, e incluso la consciencia, de todo un lado de su cuerpo. Es muy extremo.

Nunca olvidaré a un anciano que había sufrido un derrame cerebral grave. Él estaba acostado a la orilla de una de las camas para ejercicios con un brazo colgando a un lado, pero con su mano se sostenía del borde de la cama (si puede imaginarse eso). Ese brazo era el del lado que había sido afectado por el derrame. El anciano, además de haber perdido el control de ese lado del cuerpo, de algún modo era inconsciente también, del hecho de que ese lado era parte de él. En fin, él estaba sobre la cama y yo creí que estaba ejercitando y fortaleciendo la pierna, cuando en un momento dado, el anciano miró la mano que estaba agarrada al borde de la cama y gritó: “¡¡Ahhh!! ¡¡Hay un hombre saliendo de debajo de mi cama!!” Él pensó que su brazo le pertenecía a alguien que estaba apareciendo repentinamente por debajo de la cama. Recuerdo que me asombró que un derrame cerebral pudiera dejar a alguien completamente inconsciente y desligado de una parte de su propio cuerpo.

Probablemente usted ya se me adelantó. Esta es una historia verídica...pero se la cuento porque así es como nosotros actuamos en el cuerpo de Cristo. Casi puedo imaginar a Jesús mirando la iglesia y diciendo: “¡¡Ahhh!! ¡¡Hay una mano extraña yendo a la iglesia!!” A esto el Padre respondería: “No, Hijo, esa mano es de Tu cuerpo”. “¿Qué está haciendo? ¿Qué pasa con ella?”; diría Jesús. “Bien, Hijo”, respondería el Padre, “ha habido un mal funcionamiento. Ella comparte Tu vida, pero no Tu mente”.

La mente natural no es diferente a un gran derrame. Nosotros operamos en desunión y constante conflicto en la carne, porque nos relacionamos en la carne, y nos relacionamos en la carne, porque queremos vivir en la carne. Incluso, muchos permanecen sin saber que existe tal cosa como compartir una vida, relacionarnos en dicha vida, vivir por el Espíritu y caminar por medio de dicho Espíritu. La unidad es lo que Dios ha hecho a través de la resurrección de Cristo; nos introduce en una muerte y nos levanta en un Espíritu. Entonces, el crecimiento, la vida, la comunión y la unidad son resultado de aprender a vivir y a caminar en ese Espíritu, conforme Dios revela a Su Hijo en nosotros.

Luego pasamos tiempo con la realidad de una fe y una esperanza o expectativa. Puesto que somos un cuerpo que comparte un Espíritu, somos llevados por ese Espíritu a una fe. Esa única fe es la mente de Cristo, el Hijo que es conocido por medio de la única luz, la única perspectiva, consciencia, verdad y entendimiento que obra en el cuerpo y que nos une en una sola mente y en un solo juicio. Muchos miembros, pero una sola fe, una sola mente que opera en todos ellos.

En el anciano que acabo de mencionar, una sola fe o una sola mente era lo que hacía falta. Él tenía la cantidad correcta de partes en el cuerpo, tenía plenitud de vida obrando en cada uno de ellos, pero no tenía una mente gobernándolos. Él tenía varias partes del cuerpo que estaban funcionando contrariamente a su mente, tanto así, que incluso podían asustarla. ¡Eso es un problema! Cuando hay una sola vida en un solo cuerpo, es claro que para que los miembros funcionen correctamente, no sólo deben compartir la misma vida, sino también vivir y moverse por medio de la misma mente.

Así, que, puesto que nosotros somos uno en Cristo, debemos tener la mente de Cristo. Debemos llegar a esa única fe por medio de la revelación de Cristo que obra el Espíritu de Dios. Debemos aprenderlo a Él; no aprender acerca de Él, sino aprenderlo a Él...para que en Él y por medio de Él lleguemos a conocer, querer y entender. Nosotros somos conformados a Él y constreñidos por Él, no como un títere sin alma, sino como aquellos en quienes “Él obra el querer y el hacer para su beneplácito”. (Filipenses 2:13)

También hablamos acerca de cómo ese único Espíritu, que obra en un solo cuerpo y nos lleva a una sola fe, le da lugar a una sola expectativa que obra en nosotros. Por varias lecciones hablé acerca de las expectativas que operan en nosotros, que son menores y contrarias a la de Dios. Cuando nosotros funcionamos como miembros separados de la Cabeza, proyectamos nuestras propias expectativas sobre Él, y luego vivimos con la confusión y decepción de que Él “nos defraudó”. El punto es, que la Cabeza tiene una expectativa para Su propio cuerpo.

La Vida de Dios debe obrar en nosotros por medio de la fe, de acuerdo a la expectativa, plan y propósito eterno de Dios. Esto es totalmente diferente e indescriptiblemente mejor que nuestras propias ideas. La verdadera fe obra en nosotros una esperanza o expectativa, y cuando se concibe esa expectativa, es llamada amor. Si usted trata de encontrar amor sin fe y sin expectativa, va a encontrar algo mucho menor que el amor de Dios; va a encontrar una versión natural de algo puramente sobrenatural.

LECCION

Bien, todo lo anterior era un repaso de lo que hemos estado viendo en la lista de los “un” de Pablo: Un Espíritu, un cuerpo, una fe, etc. Pero la lista continúa, así que sigamos con el versículo 5 donde él también menciona “un Señor”, “un bautismo”, y luego describe al único “Dios y Padre de todos, que es sobre todos, por todos y en todos”. Antes de entrar a hablar de “un bautismo”, déjeme decir sólo unas palabras acerca de “un Señor” y “un Dios y Padre”.

No puedo decir que yo tenga un agarre sólido en el entendimiento de Pablo de la Trinidad, pero he visto algunas cosas y voy compartirlas un poquito. Sin duda, el Nuevo Testamento describe algo parecido a lo que nosotros llamamos Trinidad. La razón por la que digo “algo parecido” es sólo porque la Biblia nunca usa esa palabra. La palabra “trinidad” es la palabra que nosotros usamos para hablar acerca de Dios en la forma que la Biblia describe. Yo creo que la palabra está bien, creo que encaja a la perfección tanto como puede hacerlo una palabra.

Recuerdo que una vez una persona en la universidad, trató de persuadirme de que Jesús no era divino, basado en el hecho de que el Nuevo Testamento generalmente se refiere al Padre como Dios y a Jesús como Señor. Sus argumentos eran débiles y fáciles de discutir, incluso con una mente totalmente natural, pero recuerdo que dejó en mi mente la pregunta: ¿Por qué el Nuevo Testamento se refiere al Padre como Dios y a Jesús como Señor? Hay unas pocas excepciones, pero no muchas. Pasaron años antes de que la razón para esto la pudiera ver con mayor claridad.

Aunque el Padre, el Hijo y el Espíritu son en efecto Uno, comparten una vida y los tres son claramente divinos...cuando yo comencé a entender más la salvación, empecé a ver que las diferencias en la Deidad no tienen que ver con la naturaleza, género o propósito, sino con sus roles y su posición en la salvación. Es decir, nuestra salvación es un encuentro y una experiencia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Esta involucra una relación dinámica con las tres Personas del Dios uno.

Quiero ser muy cuidadoso al hablar acerca de esto, porque estas cosas están más allá de las palabras y son fácilmente malentendidas. Como las ideas raras acerca de la relación con la tri-unidad de Dios que tiene alguien que proviene de un contexto más carismático. Incluso, recientemente estaba yo describiéndole la obra de Cristo a una persona, cuando ella me detuvo y me dijo: “¿Sabe? Suena como si usted tuviera una relación muy buena con Jesús, pero ¿qué con respecto a su relación con el Padre?” Espero que usted sepa que eso no tiene absolutamente ningún sentido. Lo menciono, porque no me refería a eso cuando dije que nuestra salvación involucra una relación dinámica con las tres Personas del Dios uno.

Me refería a que la salvación es enorme; es simple, y sin embargo, es inmensa. Involucra ser reconciliados con Dios y ser llevados de regreso a Él en una verdadera relación y pacto; la salvación es un encuentro con la Paternidad de Dios. Incluye que Dios realmente nos crucifica a Adán y nos deja muertos al mundo y al pecado. Implica que la verdad de Dios obra en nuestra alma, que Su luz brilla en nuestro corazón, que Su mente nos enseña todas las cosas; la salvación es un encuentro con el Espíritu de Dios. No es un encuentro con tres dioses, sino la experiencia de la tres-dad de Dios en una increíble salvación.

Abarca ser adoptados, ser introducidos en una posición de completa herencia y ser llevados a la casa del Padre; esta es una experiencia del Padre. Implica ser vivificados, ser unidos en Espíritu y ser levantados y sentados en los cielos; esta es una experiencia del Hijo. Involucra ministrar la presencia y persona de Dios a través de la iglesia, a los de la tierra en los dones y ministerios; esta es una experiencia del Espíritu Santo.

¿Lo ve? Ellos de ninguna manera son tres dioses diferentes, y sin embargo, nuestra salvación es, sin lugar a dudas, una increíble experiencia y conocimiento del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Todo esto es nuestro a través de Cristo. Hemos sido unidos a

Él, y por lo tanto, Él es el esposo de la novia, la cabeza de Su cuerpo, el rey de Su reino, el capitán de su salvación, el gobernante de Su hogar. Por eso, la referencia más común con respecto a Él es como “Señor”. Así es como Él funciona en relación a nosotros, así es como nosotros lo conocemos a Él, como crecemos hasta decir: “...y ya no vivo yo, Cristo es quien vive en mí”. “No yo, sino aquel que obra poderosamente en mí”. “Cada pensamiento es llevado cautivo a la obediencia de Cristo”. Así es como llegamos a conocer al Hijo como nuestro Señor.

Y sin embargo, el Hijo ha salido y venido del Padre. El Padre planeó y propuso la salvación, el Hijo la cumplió y el Espíritu la revela; pero todas las cosas tienen su origen en el Padre. Él es la fuente y está sobre todo. Al ser unidos a Cristo en Su muerte, sepultura y resurrección, Él se ha convertido en nuestro Padre. Romanos 8:15-16 dice, *“...sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡¡Abba, Padre!! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios”*.

El Padre ha venido a ser nuestro Dios. Hemos sido reconciliados con Él e introducidos en un pacto con Él. Jesús dijo en Juan 17 que Él ha hecho Su hogar en nosotros. Usted y yo hemos entrado a una relación con Él a través de Cristo, de la que Hebreos 11:16, y otros lugares dicen: “Él no se avergüenza de ser llamado nuestro Dios”. “Hemos llegado a Dios a través de Cristo”. “Hemos muerto, y nuestra vida está escondida con Cristo en Dios”. La salvación es un encuentro con Dios el Padre.

Y aunque esto no explica cada ocasión en que ocurren estas palabras en el Nuevo Testamento, creo que da un marco de referencia básico, para que veamos la inmensidad de nuestra salvación como la experiencia del Dios Trino. Efesios 2:18 dice precisamente esto: *“Porque por medio de él (Cristo) los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre”*. Por lo tanto, nuestra dicha como cristianos no es sólo que tengamos nuestros pecados perdonados, sino que hayamos nacido del único Espíritu, hayamos sido unidos al único Hijo y llevados a vivir en el único Padre.

Ahora veamos el término “un bautismo”. ¿Cuál es el bautismo que es mencionado aquí? Es de esperar que sea obvio para nosotros, pero Pablo no está hablando sólo de la ordenanza del bautismo, ni tampoco que “como cristianos, sólo tenemos una manera de bautizar a las personas”. La ordenanza del bautismo existe, sólo porque es una demostración externa y una celebración del verdadero bautismo. Nosotros somos bautizados en un Espíritu. Nosotros somos bautizados en Cristo. Primero que todo, somos bautizados en Su muerte; eso es lo que el agua del bautismo ilustra. Somos depositados en la muerte del Señor, totalmente sumergidos en Su muerte, anegados en Su juicio. El agua en los tipos y sombras del Antiguo Testamento, casi siempre habla de muerte y juicio. Los ríos de agua viva, obviamente, representan al Espíritu, pero muchas aguas, olas, mares, aguas profundas...siempre se refieren a muerte y juicio.

Fue el agua la que destruyó la tierra y juzgó al hombre adámico en el diluvio; todo un mundo destruido por el agua. Luego está el agua que los israelitas cruzaron en su salida de Egipto; el mar Rojo que mató a todo el ejército del Faraón. Pablo se refiere a esto en 1 Corintios 10, como un cuadro de nuestro bautismo en la muerte de Cristo. Pablo habla de ser “bautizados en el mar”. Luego está el agua en la que Jonás fue sumergido por tres días y tres noches, dentro del vientre de una ballena. Jesús mismo nos mostró que esto también habla de la muerte y del juicio de la cruz. Él dijo: *“Porque como estuvo Jonás en el vientre del gran pez tres días y tres noches, así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches”* (Mateo 12:40).

También está el agua que fue detenida en el Jordán mientras los hijos de Israel la cruzaban. La muerte conquistada y detenida, mientras Josué lideraba al pueblo hacia la tierra de resurrección. El agua es usada para describir la muerte y el juicio en los Salmos. David, hablando por medio del Espíritu y apuntando a Cristo, dijo en el Salmo 42:7^b, *“Todas tus ondas y tus olas han pasado sobre mí”*. Salmo 69:1-2, *“Sálvame, oh Dios, porque las aguas han entrado hasta el alma. Estoy hundido en cieno profundo, donde no puedo hacer pie; he venido a abismos de aguas, y la corriente me ha anegado”*. Salmo 88:6-7, *“Me has puesto en el hoyo profundo, en tinieblas, en lugares profundos. Sobre mí reposa tu ira, y me has afligido con todas tus ondas”*. Hay una referencia interesante en el libro de Apocalipsis sobre la nueva Creación. Juan dice de esta creación que ya no existía más mar; no más muerte ni juicio.

Nosotros, los que hemos llegado a vivir por medio de Su Espíritu, primero somos bautizados en Su muerte. Nosotros los que hemos llegado a vivir en tierra seca, primero somos ahogados en las profundidades del mar. Este es cuadro del bautismo. Somos depositados en Su muerte y levantados con Él en la novedad de la vida resucitada.

Esto es, precisamente, lo que dice Jesús en Juan 3. ¿Recuerda lo que respondió Cristo cuando Nicodemo le preguntó acerca del reino de Dios? *“Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios. Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer? Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios”* (Juan 3:3-5).

¿Ve lo que Jesús está sacando a la vista? Nos muestra que los que hemos llegado a vivir por medio de Su Espíritu, primero somos bautizados en Su muerte. Este es el “un bautismo” al que hemos venido en Cristo.

Romanos 6:3-4, *“¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó*

de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva”.

Colosenses 2:12, *“Sepultados con él en el bautismo, en el cual fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios que le levantó de los muertos”.*

1 Corintios 12:13, *“Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu”.*

Hace algún tiempo leí un libro sobre el tabernáculo escrito por un hombre que nació en 1805 llamado Henry Soltau. El libro se llama “The Holy Vessels and Furniture of the Tabernacle”. (“Los vasos sagrados y el mobiliario del tabernáculo”). Fui realmente refrescado por lo que este hombre decía. La última vez que cité algo de este libro, fue un párrafo acerca del orden de la salvación: Primero el cielo y luego la tierra. Primero somos levantados con Él de entre los muertos, luego sentados en Cristo en los cielos, para luego manifestar en la tierra la vida celestial, la realidad y la relación.

Bien, en este mismo libro hay un párrafo extraordinario del bautismo que quisiera compartir. No es diferente a lo que he estado diciendo, pero está escrito con mucha claridad. Henry Soltau escribe:

“No es únicamente Cristo, sino Cristo *crucificado* quien debe ser conocido, si el pecador va a ser limpiado y a tener vida eterna. Aquí la fuente de la vida es combinada con las aguas purificadoras de la muerte y el juicio. El bautismo es tipo de dos cosas, muerte y resurrección, juicio y vida, salvación, pero salvación a través de destrucción. El creyente, sumergido bajo esas aguas, vívidamente ha puesto delante de él la realidad de que ha sido sepultado con Cristo en la muerte, y que debe su limpieza y la consecuente vida e idoneidad en la presencia de Dios, al bendito hecho de haber sido juzgados en Cristo crucificado, y de este modo, haber “...sufrido en la carne y terminado con el pecado” (1 Pedro 4:1). Por lo tanto, el lavamiento y la sepultura son combinados, porque Dios lava al pecador a través de la muerte, la muerte de su Hijo, de cuya tumba, como lo ejemplifican las aguas del bautismo, el creyente ha sido levantado, vivificado en una nueva vida, completamente limpiado y traído a la familia de Dios... El bautismo es un tipo, no del lavamiento de las inmundicias de la carne, sino de la destrucción, en juicio, de la carne misma. Al mismo tiempo resulta en una buena conciencia hacia Dios, porque el viejo hombre ha sido destruido, y una vida nueva y santa ha sido impartida a través de la resurrección de Jesucristo de los muertos”.

¡¡Por qué hay tan pocos libros como este!!

Por lo tanto, el bautismo al que Pablo se refiere aquí es este, la realidad espiritual de la cual la sombra natural testifica. Es la participación en Su muerte para ser hechos partícipes de Su resurrección. Pero, no debemos fallar en comprender que el final viene antes del principio. No podemos sólo citar Juan 3 y decir “usted debe nacer del Espíritu”, no, tenemos que decir “usted debe nacer del agua y del Espíritu”. Es esencial.

Jesús es cuidadoso al mencionar ambos. Hace lo mismo en Juan 6 cuando describe la vida eterna a la multitud. Dice: “*Si no coméis la carne del Hijo del Hombre y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros*” (Juan 6:53). “*El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna...*” (Juan 6:54). En mi entendimiento, esto es exactamente lo mismo, pero con diferentes palabras. Comer Su carne es participar de Su muerte; es unirse a Cristo en la destrucción de Su carne; es el juicio. Beber Su sangre es llegar a vivir por medio de Su vida, vivir por medio del Nuevo Pacto, regresar con Él a la mano de derecha del Dios todopoderoso.

En el Antiguo Testamento la vida estaba en la sangre. La carne era destruida en el altar, era quemada y consumida y nunca entraba al Lugar Santísimo; sólo la sangre entraba. La sangre entraba y era rociada sobre el propiciatorio. Nosotros participamos de Su carne, de Su muerte, llevamos ese juicio, y luego, vivimos por esa sangre. Nosotros comemos ese pan y bebemos ese vino.

En Génesis 40 vemos a José encarcelado con dos hombres. Uno de ellos era el pan, el otro era el vino. Uno era panadero, el otro era copero. Ambos tuvieron un sueño que involucraba un juicio en tres días. Esto es similar a lo que Cristo dijo acerca de Jonás y sus tres días. Al final de los tres días en la cárcel, vemos que algo sucede con el panadero y algo sucede con el copero. El panadero fue colgado de un árbol y muerto; un cuadro claro y apropiado del juicio de Dios derramado sobre el cuerpo de Jesucristo. El copero, sin embargo, fue levantado y restaurado a la diestra del Faraón.

El cuadro aquí es inequívoco. “Comer Mi carne, beber Mi sangre”. Nacer del agua y del Espíritu. Bautizados en la muerte, sacados en resurrección. Este es nuestro “*un bautismo*”, el “*un bautismo*” que Pablo describe en Efesios 4: 5.